

LISANDRO DE LA TORRE



Por Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero

Lisandro de la Torre nació en Rosario en 1868. A los veinte años se doctoró con una tesis sobre el régimen municipal. Participó de la jornada del Parque, en julio de 1890; militó en la Unión Cívica Radical junto a Leandro N. Alem y Aristóbulo del Valle, y estuvo en el levantamiento de Rosario, en 1893. Luego de la muerte de Alem renunció a la UCR denunciando la nefasta influencia de Hipólito Yrigoyen, con quien poco después se batió a duelo; recibió una herida en la mejilla, que desde entonces cubrió con la barba.

En 1908 fundó en Rosario la Liga del Sur, cuyo programa incluía la promoción del régimen municipal. En 1914 se incorporó al Partido Demócrata Progresista, que debía unir todas las fuerzas liberales y conservadoras para enfrentar a la UCR. La defección del gobernador de Buenos Aires Manuel Ugarte facilitó la victoria de Hipólito Yrigoyen. En 1922 fue electo diputado por Santa Fe. El año anterior en esa provincia se había dictado una nueva Constitución, que incluía muchos de los puntos programáticos de los demócratas progresistas: separación de la Iglesia y el Estado, régimen municipal y voto femenino, entre otros. La Constitución fue vetada por el gobernador radical Mosca, y Lisandro de la Torre realizó una enérgica protesta en el Congreso Nacional, que chocó con la negativa de radicales y conservadores. Tres años después, hastiado de inútiles esfuerzos, renunció a su banca y se retiró de la política. En su último discurso citó al doctor Stockmann, personaje de la obra de Ibsen Un enemigo del pueblo*: "El hombre más fuerte de la Tierra es el que está más solo".*

De la Torre se retiró a un campo que había comprado en Pinas, al norte de Córdoba, una tierra agreste en la que volcó sus energías: puso caños para riego, plantó olivares y maizales, crió ganado. Un par de años de sequía hicieron fracasar su esfuerzo, pero logró salir adelante con un préstamo, transformando la explotación en un aserradero. A mediados de 1930, cuando la crisis económica y la política se conjugaban, volvió a Buenos Aires, aunque sin romper su aislamiento. En esos días lo sorprendió Juan José de Soiza Reilly, quien tituló su reportaje "Un personaje de Ibsen".

Uno de sus amigos, Carlos Ibarguren, se había sumado al elenco uriburista y pregonaba desde Córdoba el nuevo corporativismo. El presidente Uriburu, que mantenía con él una antigua amistad, lo convocó y le ofreció apoyarlo como candidato presidencial. De la Torre declinó y optó por aliarse con el Partido Socialista. Así a fines de 1931 fue el candidato presidencial de la Alianza Civil derrotada por el general Agustín P. Justo, candidato oficial.

En 1932, De la Torre fue electo senador por Santa Fe. Fue un crítico consecuente del gobierno fraudulento, especialmente denunciando los negociados y la injerencia creciente de las grandes empresas extranjeras. En 1934 promovió una investigación sobre la venta de carnes, que culminó en un violento enfrentamiento con los ministros Duhau y Pinedo. En esa sesión fue asesinado el senador Enzo Bordabehere, su compañero de bancada. De la Torre permaneció un año más en el Senado y renunció a fines de 1936, cansado de una lucha estéril. En los dos años siguientes estuvo semirretirado: pronunció algunas conferencias, participó en actividades contra el fascismo y se vinculó con los grupos de izquierda, pero sin actuar con intensidad. A fines de 1938, acuciado por las deudas, perdió la propiedad de su campo en Pinas. El 5 de enero de 1939 se suicidó.

DE LA TORRE



Entrevistado por
Juan José de Soiza Reilly
***Caras y Caretas*, Nº 1653,**
17 de mayo de 1930

Me dijeron:

–El doctor Lisandro de la Torre ha vuelto de su viaje a la Luna.

La personalidad política de este ciudadano eminente ha sido siempre interesante.

Hombre enérgico, nacido para la acción, tiene en sus ideas y en sus ademanes la novedad teatral de un espectáculo de la naturaleza. El vigor de sus discursos llévanos a pensar en la ruda pujanza de los vientos magníficos y ciegos que soplan en la Biblia. Hace, más o menos, seis años, pronunció en la Cámara su último discurso. Fue una elegía sonora, pesimista, romántica, casi testamentaria. Más que discurso aquella fue una maravillosa noche de tormenta tatuada de relámpagos y erizada de truenos:

–¡Me voy a la soledad –gritó al país– para no volver nunca!

Recordó en seguida las palabras idealistas de un personaje sin ideales de Ibsen. Evocó la tragedia moral del protagonista de *Un enemigo del pueblo* que, abatido por la desilusión, renuncia a guiar a sus conciudadanos para buscar amparo en el silencio de su propia amargura. Dolorido por la victoria de sus adversarios, acaricia la cabecita rubia de su hijita, diciendo:

–¡Oh, dulce soledad! ¡Tú eres la única gloria de la vida!

El doctor De la Torre comprendió que la realidad moderna de las multitudes argentinas no era la realidad creada por sus sueños de apóstol. Sus ojos vieron un panorama triste, subconsciente, futuro. En el prólogo de su bello discurso sobre la yerba mate –publicado en folleto–, estampa un bello cuadro del país. Es un aguafuerte donde el arte exquisito de un Alberto Durero dibuja con ácido nítrico las fantasmagorías del Apocalipsis. Es, en fin, la Nación pasando por un túnel en 1924...

Entristecido, amargado, el doctor De la Torre resignóse a cargar con dignidad la cruz de los profetas. Abandonó sus triunfos oratorios. Cerró su estudio de jurisprudencia. Desechó las tentaciones que le ofrecía su prestigioso nombre de abogado. Y un día desapareció de Buenos Aires, envainado en su poncho.

–¿Y el doctor De la Torre?

Sus amigos más íntimos encontraron cerrada la puerta de su residencia, en la calle Esmeralda, al lado de la Asistencia Pública. Se supo que el tribuno glorioso habíase marchado a Córdoba para enterrarse vivo, en las más distantes sierras provincianas. Poseía en aquella región unas cuantas hectáreas de monte salvaje. Allá se fue a pulirlas como Cincinato, indiferente al asombro de los lectores que le llevaban las insignias del emperador romano... con la tranquilidad serena de las almas estoicas, que renuncian al goce de los arcos del triunfo, el doctor De la Torre se puso a cortar leña. Trocó, cual Guillermo II, su trono por un hacha.

Cuenta quien lo vio en su agreste soledad que, desde el amanecer hasta la noche, sus hachazos vibraban en el monte. Sus sesenta años de hombre sano y robusto ardían en la labor con el mismo brío de sus años mozos. Si alguien llegaba a consultarlo sobre los graves problemas del país, respondía con un gruñido seco. Cumplía su promesa de renunciar, en absoluto, a la vida política.

–El leñador –pensaba el doctor De la Torre– es también un admirable soldado de la patria. ¿Acaso para serlo necesita interesarse por los asuntos del gobierno? Yo soy un leñador...

Más tarde tuvo un socio. Compró hacienda. Crió vacas. Ensanchó sus dominios. Sembró trigo y alfalfa. Enriqueció en seis años aquella tierra inculta... A veces salía solo, a caballo, en silencio, galopando como si hubiera querido divertir al caballo. Con frecuencia, se detenía en los ranchos para hablar con los criollos y aceptarles un mate. Les hablaba cariñosamente, infundiéndoles ánimo. Los consolaba con el noble optimismo fraternal que florece en todo viejo solterón. Poco a poco el cabello transformósele en nieve y la barba, también. Un día le anunciaron que su socio, desde París, le estaba haciendo un pleito. Tiró el hacha con rabia:

–¡Oh, dulce soledad! ¡Tú eres la única gloria de la vida! ¡Ah, sí! Pero, el personaje de Ibsen, al decir estas palabras acariciaba entre sus manos la cabecita rubia de su hija...

El doctor Lisandro de la Torre ha vuelto de su viaje a la Luna.

¿A la Luna? Es lo mismo. Su ausencia en las sierras de Córdoba ¿no equivale para sus admiradores a un fantástico viaje selenita? Seis años de ausencia han centuplicado su prestigio. Ha vuelto...

La noticia corre por las calles. ¿Qué dice? ¿Qué piensa? Su viejo estudio de la calle Esmeralda abre nuevamente sus puertas cordiales a los amigos íntimos. El leñador serrano se ha quitado el poncho. Se recorta las púas de la barba... Ahora vuelve a lucir su típica elegancia de Brummel, aristocrática y porteña. A mediodía sale de su estudio rumbo al Jockey Club. En su círculo, todos lo rodean. Gran *causeur*. Pero es inútil. Sigue en su olvido total de las cosas políticas. Ha dicho adiós al mundo de sus sueños. Juró, solemnemente no volver a soñar. Y lo cumple. Se ha traído dentro de las maletas el olvido desde Córdoba. Dentro de esas valijas están, sin duda, todavía las sierras cordobesas con sus campiñas verdes, con sus piedras enormes, con el silencio casto de sus cumbres en siesta.

Quizá dentro del poncho trae el hacha.

–¿Es posible? Hay que verlo.

Me recibe gentilmente en su casa. Voy con el doctor Ricardo Bello, alma del partido. Demócrata y talento vibrante de conductor de juventudes. En su sala escritorio, el doctor De la Torre me hace el honor de presentarme a don Felipe Arana. En seguida me dice:

–¿Un reportaje?

–No, señor. Quisiera simplemente pedirle algunos datos.

Muy serio, muy áspero, responde:

–Discúlpeme, señor. No me pida usted datos. Le ruego que no escriba una sola línea sobre mí. A nadie le interesa mi existencia. Prohíbo que se ocupen de mí.

–Usted, doctor –arguyo–, es un hombre que por su actuación descollante en la vida argentina pertenece al país. Podrá usted negarme los datos que le pida, pero no puede usted oponerse a que la historia cumpla su deber. Los cronistas, doctor, somos los mozos de cordel de los historiadores.

Permanece adusto, con el ceño fruncido, tecleando con los dedos sobre el brazo de su sillón de marroquí. El doctor Bello acude en mi favor.

–En realidad, doctor, usted se debe al pueblo, se debe a la conciencia nacional. Toda la república tiene los ojos fijos en usted.

El doctor De la Torre lo mira reciamente, casi con ganas de gritar en voz parlamentaria.

–Yo quiero seguir viviendo en el olvido. No quiero que nadie...

Insisto:

–El público, doctor, es insaciable, delicioso y doméstico. No exige noticias. Pide datos. ¿Puede usted negármelos? Por ejemplo: ¿dónde nació usted?

–No se lo diré.

–¡Doctor!

–Aprovecharía usted mi respuesta para escribir: "Hablando con el doctor Lisandro de la Torre, me dijo que...". No le diré nada.

–Muchas gracias, doctor. El periodismo moderno no necesita de esas artimañas. Soy profesor de dignidad. Sin embargo, debe saber usted que circulan datos antagónicos sobre su biografía. Hay quien asegura que usted nació en Rosario. Otros afirman que usted es uruguayo.

–¡Bah! ¡Que digan lo que quieran! No me interesa...

(Don Felipe Arana se retira con el diputado nacional Laureano Landaburu. La conversación va por nuevos caminos. Alguien interroga al doctor De la Torre si piensa regresar pronto a Córdoba. Mueve la cabeza en un gesto de indecisión, indefinido, de disgusto. Habla, con placer, de la riqueza del suelo cordobés. De inmediato calla, mirándome de reojo y acariciándose la barba. Yo me pongo de pie. Sería en vano insistir. El doctor De la Torre me ha vencido en su ley. De acuerdo con sus deseos no he podido hacerle un reportaje. No me llevo de su boca ni un detalle biográfico siquiera. ¡Nada!... Pero ¿qué importa? ¿Es necesario que las estatuas hablen? El silencio de Lisandro de la Torre me emociona más que todas las palabras que pudiera decirme. Huraño, hosco, campesino, me tiende la mano con resignación. ¡Hombre singular! Sabe Dios qué extraño destino patriótico ha de ser el suyo. Mientras lo saludo, pienso que es el único hombre que logró romper la impasible serenidad de Hipólito Yrigoyen. Hace más de treinta años los dos se batieron en el terreno del honor. La barba blanca del doctor De la Torre esconde todavía la huella de aquel lance...)

En la puerta de calle un hombre hace señales enarbolando una bandera roja. Es el portero de la Asistencia Pública. Anuncia que sale una ambulancia...

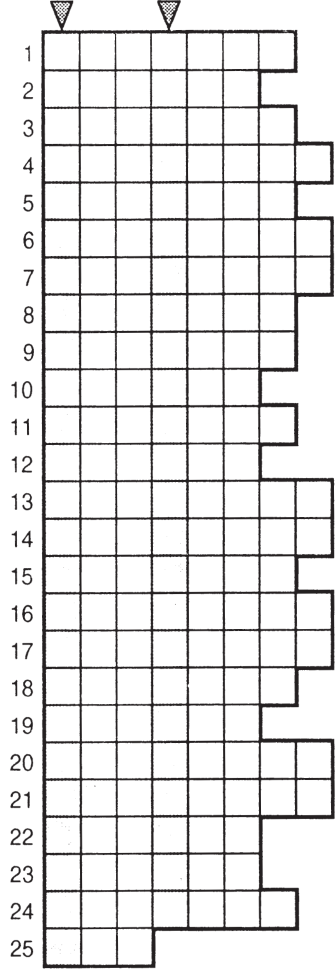
Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero, *Grandes entrevistas de la Historia Argentina (1879-1988)*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 2002.

ACROSTICO

Anote las palabras definidas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Permanencia durante un tiempo en un lugar determinado.
2. Producto para friccionar el cuero cabelludo.
3. Dignidad de imán.
4. Que sucede de noche.
5. País africano.
6. Ómnibus de tracción eléctrica.
7. Cortante.
8. Cataratas estadounidenses.
9. Capacidad intelectual.
10. Enfrentar, contraponer.
11. Propio de la guerra.
12. Que está después de todos.
13. Acción de encajar piezas.
14. Perjudicar, dañar.
15. Sujetar al reo con manillas de hierro.
16. Dar muestras de afecto.
17. Mancha de aceite.
18. Lugar donde se exhiben peces.
19. Oriundo de Asiria.
20. Aposento de un barco.
21. Carácter distintivo de una persona.
22. Colorante natural azul intenso.
23. Cachorro del oso.
24. Que niega.
25. Embrollo, enredo.



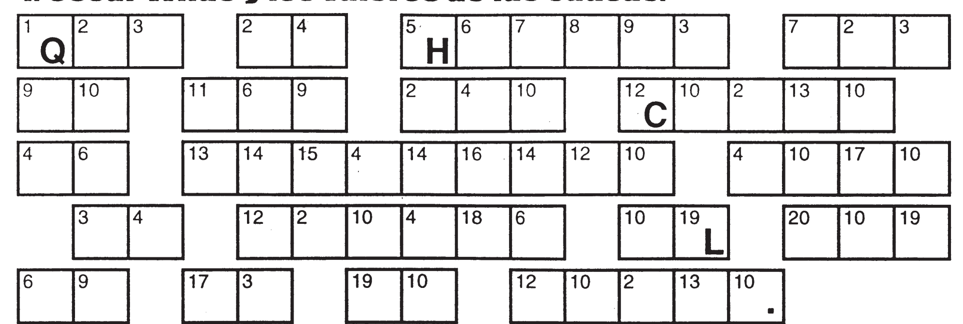
SÍLABAS

a, a, a, a, bús, ca, cas, ci, cial, ción, cua, cua, dad, di, dí, dor, en, es, es, ga, ga, ga, gal, go, i, in, ín, jar, lam, le, len, li, lí, lo, ma, ma, mar, mo, na, ne, ne, ne, ner, Niá, no, no, noc, o, o, o, pa, po, po, ra, rar, rio, rio, ro, rón, sa, sar, Se, sez, si, si, ta, ta, te, ti, to, to, tre, tro, tur, úl, vo, vul.

CRIPTOFRASES

Cada uno de los siguientes esquemas esconde una frase. Complételos sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. Cada frase tiene una clave diferente.

1. Oscar Wilde y los valores de las causas.



2. Los secretos de un buen semblante.

1 Q 2 3 4 5 4 6 | 7 3 7 4 5 | 4 5
8 9 10 M 11 5 3 8 | 12 C 11 5 | 6 2 | 12 11
5 12 3 4 5 12 3 8 | 10 2 4 6 13 9 8 5
6 3 4 10 14 9 4 | 2 5 | 6 4 10 15 16
8 5 13 4 | 17 4 9 10 11 6 11 .

3. Sobre la verdad y la belleza.

1 2 3 4 5 | 6 B 2 7 8 9 | 10 9 | 6 4
10 10 4 11 9 | 4 5 | 10 9 | 12 4 13 14 D 9
14 | 4 7 | 2 5 | 15 4 5 7 9 14 16 13 ,
1 2 3 4 5 | 6 2 7 8 9 | 10 9 | 12 4
13 14 9 14 | 4 5 | 10 9 | 6 4 10 10 4 11
9 | 4 7 | 2 5 | 9 13 17 3 7 17 9 .

COLUMNAS MOVEDIZAS

Pase al esquema inferior las columnas que aparecen desordenadas en el cuadro superior, de manera que se pueda leer una frase siguiendo el sentido habitual de escritura. Como ayuda van algunas letras y algunas casillas negras ya ubicada correctamente.

D	O	A	S	G	■	■	A	R	E	R	N	O	I	E	■	B	N	O	■	■	L	T	L	U
E	Q	■	C	U	N	N	O	■	E	I	R	E	E	E	Q	U	N	N	U	G	■	R	■	I
B	F	L	■	E	Z	E,	O	■	P	C	A	E	I	E	R	E	Q	■	U	U	R	A	S	■
C	C	I	N	Q	T	O	A	■	A	I	I	O	F	E	C	R	Y	U	U	■	S	S	■	■
R	O	E	E	U	C	T	E	S	T	O	■	■	S	N	A	M	I	I	■	B	E	I	N	R
E	O	N	R	■	R	T	R	E	E	I	I	■	M	■	N	T	■	■	N	■	A	P	C	O.

S																								O
	E																						U	
		S																				U		
			C																		Y			
				■																R				
					■														T					

SOLUCIONES

ACROSTICO

1. ESTADÍA./ **2.** LOCIÓN./ **3.** IMANATO./ **4.** NOCTURNO./ **5.** SENEGAL./ **6.** TROLEBÚS./ **7.** INCISIVO./ **8.** NIÁGARA./ **9.** TALENTO./ **10.** OPONER./ **11.** MARCIAL./ **12.** ÚLTIMO./ **13.** ENCASTRE./ **14.** VULNERAR./ **15.** ESPOSAR./ **16.** AGASAJAR./ **17.** LAMPARÓN./ **18.** ACUARIO./ **19.** ASIRIO./ **20.** CAMAROTE./ **21.** CUALIDAD./ **22.** ÍNDIGO./ **23.** OSEZNO./ **24.** NEGADOR./ **25.** LÍO.

"El instinto mueve a la acción, la inteligencia nos paraliza."
Marcel Proust

CRIPTOFRASES

"Que un hombre muera por una causa no significa nada en cuanto al valor de la causa." Oscar Wilde
"Quienes viven en armonía con su conciencia muestran siempre un semblante hermoso." Alexander Solyentsin
"Quien busca la belleza en la verdad es un pensador, quien busca la verdad en la belleza es un artista." José de Diego

COLUMNAS MOVEDIZAS

"Sólo el arte brinda un goce que no requiere ningún esfuerzo apreciable, que no cuesta sacrificio y que no necesitamos retribuir con arrepentimiento."
Schiller